



# EL MISTERIO DEL TAXIMETRO

## SEGUNDA PARTE

### ENTRE LAS SOMBRAS DEL MISTERIO

(CONTINÚA)

#### CAPITULO VI.

#### Días de fiebre.

**O**CHO días después, Anguiano, envuelto entre las sábanas tibias de su modesto catre de soltero, despertaba á la vida, en medio de una debilidad soñolienta y quejumbrosa. Ni un rastro leve había en su memoria de las ocurrencias dramáticas que tal le tenían. Cansábale pensar y ni siquiera procuraba hacerlo. Su patrona, una gruesa viuda de militar, locuaz comadre que no cesaba de aturdir al vecindario con su charla inconexa de cotorra infatigable, guardaba un extraño silencio acerca de la manera cómo Anguiano había caído en cama y él ni siquiera pensaba en preguntarle cosa alguna, temeroso de tener que fatigarse meditando.

En la alcoba, silenciosa y semi-obscura, transcurrían las horas lentas y fatigosas para el aporreado repórter que conservaba aún en el cuerpo crueles huellas de su malaventura. En redor suyo sentía, sin darse cuenta clara de ello, como una atmósfera hostil, que contribuía también á impedir que hiciera ninguna pregunta. Esperaba acabar de convalecer para entrar nuevamente en acción. Entre tanto quería entregarse por completo al reposo somnolente que su debilidad física requería.

Un acontecimiento vino á impedirlo. A las diez de la mañana, cuando el sol dejaba en-

trar un rayo tímido por el balcón entreabierto hasta la cama del herido, penetró de improviso la patrona, mal escondiendo una profunda agitación que hacía temblar todas las carnes de su cuerpo muelle.

—Le buscan á usted, señor—dijo alargando á Anguiano una tarjeta, en la que éste leyó un nombre desconocido:

—Rudelio Gonzaga, Mecánico.

Y abajo, con lápiz:

“Para el asunto del taxímetro”.

La emoción que sacudió al repórter fué tan poderosa que le hizo incorporarse como impulsado por una corriente eléctrica. Todos los antecedentes del atentado surgieron de improviso vivos y llenos de relieve en su memoria y se avergonzó y se aterró de estar entre sábanas cuando sucesos tan trascendentales estaban reclamando su actividad.

—Que pase inmediatamente.

La patrona salió y pocos momentos después penetró en la penumbra de la estancia un ser fantástico y grotesco, un hombre con apariencia de exagerada caricatura, el mismo, en fin, á quien Anguiano había seguido en Coyoacán una tarde, perdiendo su pista como por arte de magia.

—¿Usted?... ¿tú?—exclamó el enfermo, recordando sus sospechas de que el tal no fuese otro que su propio hermano disfrazado.

—No soy quien usted piensa—contestó el grotesco personaje con un gesto de cansancio,—pero puedo dar á usted noticias muy interesantes.